

**CENTENARIO DE UN GRAN PINTOR VENEZOLANO
CRISTOBAL ROJAS,**

APUNTES SOBRE SU VIDA Y SU OBRA

Por Juan Calzadilla

Cristóbal Rojas

Cristóbal Rojas sigue siendo hoy la personalidad más apasionante y discutida de la pintura venezolana del siglo pasado. De admitir la opinión de los historiadores de nuestro arte, desde Jesús Semprún hasta Mariano Picón Salas, es Rojas el pintor más genial de cuantos ha originado Venezuela antes de que apareciera en el universo de nuestro color tropical la figura de Armando Reverón.

Pero lo que conocemos coherentemente sobre la vida de Rojas es apenas relativo en comparación con el creciente interés que suscita en los últimos años el conocimiento de su personalidad. Las investigaciones pictóricas en Venezuela, por otra parte, sólo vienen a comenzar seriamente desde hace unos diez años. Dado este hecho, es justificable que tales estudios se encuentren aún en su fase histórica. A falta de datos más concretos sobre su vida, especialmente en lo que respecta a sus años de adolescencia y de su primera juventud — y pese a que Rojas es el único caso de un pintor venezolano que haya legado a la historia una importantísima documentación epistolar—, el estudioso habrá de recurrir necesariamente a la interpretación del mensaje que hay latente en su brevísima obra de artista. Nada mejor en el arte es que se logre explicar la vida de quienes lo forjaron únicamente a través del estudio de la expresión. Mas es preciso recurrir a la historia.

Rojas poseyó un temperamento dramático y apasionado y esta evidencia contribuye por otro lado, a la atracción que suscita su figura sobre pintores y aficionados para quienes la busca de lo excepcional en el hombre, y en una época donde es factible considerar que todo en materia artística ha sido ya expresado, tiene que ser un fuerte incentivo espiritual. Aún cuando la investigación literaria en los últimos años y pese a que no contamos todavía

con una biografía de el progresista y nos acerca de la obra de Rojas hasta nosotros (Paulatinamente y hasta el punto de que pronto llegaremos a saber mas acerca de este pintor que de cualquier otro exceptuando a Reverón) evidentemente en el caso de Rojas necesita verse con extremo cuidado. Cuando se exalta y cuando se busca a toda costa valores espirituales se corre el riesgo de caer en los excesos, en lo desmesurado. Nuestro juicio así pues, coincide en aceptar que rojas es asimismo un pintor de genio indiscutible, pero reconocemos, además , que pasará a la historia como el ejemplo de una gran vocación y una promesa a la que la muerte, la falta de auténticos guías y de dirección, y por añadidura las circunstancias de una existencia miserable sobre suelo extraño, segaron muy pronto, dejando incumplido por consiguiente, un gran destino artístico. Hasta el momento de morir, a los treinta y dos años, en Caracas, Cristóbal Rojas daba pruebas de una rápida evolución en un sentido muy opuesto al que era entonces propósito y meta de otros pintores venezolanos, que como Michelena, fueron mas afortunados en vida: un academismo de oficio. Hay interesantes testimonios históricos de como Rojas — temperamento reflexivo, tímido, susceptible, vacilante — llego a sentirse descontento con la clase de pintura que forzosamente debió realizar para el Salón anual de los Campos Elíseos, así como con todo para su alma rebelde significo sujeción y esclavitud a los moldes inflexibles y, ya por el presentido, caducos. Solamente su gran talento lo ha salvado de la Academia Oficial. Pero aprendía muy lentamente y cuando estuvo maduro para comenzar su gran obra murió. Su vida puede resumirse como la sorda lucha consigo, con los elementos y con las circunstancias para llamar la atención del jurado con sus cuadros enormes y patéticos, a fin de que— como el mismo lo cuenta patéticamente en su correspondencia — esta impresión favoreciera la venta de sus óleos. No obstante esto que va a ser casi el objeto de su estada en París como pintor, Rojas apenas obtiene una sola mención en el Salón de 1889, con su cuadro "EL Plazo Vencido", en seis años mientras que su coterráneo Arturo Michelena no solamente gana tres distinciones en los mismos Salones y llama la atención de los académicos, si no que también, y a consecuencia de estos éxitos, adquiere renombre continental. Esto demuestra la sinceridad de Rojas y a la vez su vocación plástica que, a pesar de él lo conduce a evitar, en pintura, cierta clase de concesiones. Solo en el arte el hombre expresa a cabalidad su genio y nadie se traiciona ante la posteridad. Rojas era un pintor allí donde él ni nadie lo esperaba. La pintura

comienza y termina con la expresión.



CRISTOBAL ROJAS : - Autoretrato



CRISTOBAL ROJAS : - El Purgatorio.



CRISTOBAL ROJAS: - En el balcón.

En los últimos años hay en la paleta de Rojas el presentimiento del Impresionismo. Renuncia al cuadro de grandes proporciones y llega hasta convencerse de que los votos de los jurados carecen de la importancia que él les asignaba antes. Su pintura, en vías de despojarse del encendido tono patético, comienza a tornarse más serena y preocupada por el fenómeno de la luz y de la limitación de lo plástico a su puro planteamiento. El se separaba del tema. Ya podía sentirse satisfecho al considerar a "El Purgatorio" como una obra de encargo, tal no lo fueron todas sus anteriores pinturas donde su genio se había consumido y apagado.

Tenemos ya ante nuestros ojos la figura de un incomprendido, de un pintor que tiene de contemporáneo el hecho de que haya buscado afanosamente hasta agotarse su propio estilo, sin contentarse nunca con fáciles triunfos y apegos a las fórmulas propias, y el hecho de que haya intentado expresar a su tiempo en un compromiso humano que su alma piadosa, frente a la actitud de evasión de los más, juzgaba necesario en su caso. Pero, si no hubiera estado en boga por entonces el naturalismo y la literatura de denuncia, Rojas hubiese sido también, y de cualquier modo, un pintor de expresión difícil, y sobre todo, dramática. El drama parece estar en los hombres más que en el tiempo. Altamente sensitivo, conmovido sin duda por las injusticias y los fenómenos sociales del tiempo —derivados de las revoluciones y las teorías políticas a partir de 1870 en toda Europa—, Rojas se adhería con sus

pasiones al mórbido naturalismo desesperanzado —y sin embargo lleno de fe— que, ya por entonces, era objeto de fuertes rechazos y ataques en América. Se aferraba a su tiempo y bajo este lazo humanitario, fraternal, universal, Rojas quedaba aherrojado junto a su triste y corto destino.

La época durante la cual pinta y vive en París la conocemos bastante bien. Tenemos las cartas de Rojas, de un gran valor humano. Adolecemos, no obstante, del juicio sobre toda su obra, desigual. Nosotros no lo intentaremos; sería ardua tarea para quien no se encuentre bien preparado. Pero, conocidos los antecedentes de nuestra pintura y las condiciones históricas y espirituales que le han tocado vivir en Europa, este juicio sereno no tardará en ser realizado, conforme vayan apareciendo nuevos aportes relativos a la vida de Rojas, allí donde nada nos deja la historia.

Algunos Rasgos Biográficos de Cristóbal Rojas.-

Cristóbal Rojas había nacido en la población de Cúa, en 1858, hijo de un médico de su mismo nombre y de Alejandra Poleo; descendía por línea paterna de un funcionario del Gobierno que era aficionado a la escultura y de quien cuenta J. A. Hedderich que había regalado a la Iglesia de Turmero una imagen de santo tallada por él mismo. Según este historiador, los primeros de estos Rojas arribaron en tiempos de la Compañía Guipuzcoana y sucesivamente, fueron en su mayoría empleados del sistema gubernamental. Pero los padres de Cristóbal Rojas eran pobres y desde la adolescencia el futuro pintor trabajó con modesta resignación el poco artístico oficio de tabaquero, para ayudar a la casa. En tales tareas, que compartían a medias su existencia solitaria y soñadora, vive el joven Rojas en su pueblo natal, cuando sucede el terremoto de 1878, que destruye importantes pueblos, y entre estos Cúa es de los más afectados. Rojas va a cumplir veinte años. La casa de la familia queda derruida y es preciso partir para Caracas. Rojas está ya al frente de los suyos, ha de velar por su madre y por su hermana. Había recibido una educación muy irregular y escasa, lo que se deduce de la lectura de las cartas que escribe desde París y en estas condiciones llega a Caracas a mediados del mismo año.

¿En dónde recibió Rojas sus primeras clases de dibujo? ¿Desde cuándo comienza a sentir su vocación? ¿Qué pinturas habría visto? Son todas estas

cuestiones que quedan bastante obscuras. Enrique Planchart supone que el joven Rojas dibujaba y boceteaba antes de su establecimiento en Caracas. Es evidente, de cualquier manera, que Cristóbal Rojas sintió alentar desde muy temprano una profunda y ambiciosa vocación, ya que de lo contrario resultaría inexplicable el que ya para 1281 lo encontraremos sirviendo de ayudante a Herrera Toro —apenas un año mayor que Rojas y ya era un pintor consagrado— para las decoraciones que éste hacía en la Iglesia Catedral y en 1883 ha pintado su primer —y único— cuadro de asunto histórico, de grandes proporciones.

La infancia deja en Rojas una imborrable impresión, sobre todo en lo tocante a las rigurosas condiciones económicas en que vivió. El no dejará de lamentarse por no haber recibido una educación más temprana. En realidad, no fue como Michelena o Herrera Toro un pintor precoz y, por añadidura, para la maestría que se proponía alcanzar y a la que ciertamente llega, Rojas comienza a pintar en una edad tarde y, paradójicamente, muere en una edad joven para él e incipientemente madura para su arte.

Antes de 1881 Rojas trabajaba en Caracas como tabaquero. En 1882 vuelve a Cúa, donde impresionado y heno de una emoción fatalista que no lo abandonará más, pinta dos magníficos paisajes, inspirados indudablemente en el arte de Tovar y Tovar, uno de los cuales se titula: "Ruinas de Cúa", y que fuera exhibido en la Exposición Nacional de Paisaje en 1842.

En 1883 Rojas presentó al Salón organizado en Caracas con motivo del Centenario del Libertador una obra que llamó inmediatamente la atención del público y del Jurado: "La Muerte de Girardot". Ciertamente, la inspiración era propia, pero el estilo era el de Tovar y Tovar.

Pensó bien Enrique Planchart cuando habla de Cristóbal Rojas en estos términos: "el mozo ingenuo de "La Muerte de Girardot". Rojas en efecto era entonces un pintor intuitivo y, como era el caso de Tovar y Tovar y aún del propio Michelena, comienza su vida de alumno de pinturas, comienza a recibir lecciones de pintura, en un momento en el cual ya podía llamarse a sí mismo un pintor que se había formado solo.

Con este cuadro obtiene una Medalla del Jurado y, además, el Gobierno decide adquirir su cuadro por la suma de 8.000 bolívares y otorgar una beca

al novel pintor.

Rojas marcha a París ese mismo año, estableciéndose en el quinto piso de una buhardilla a comienzos de 1884 y teniendo a la sazón 25 años cumplidos. Se inscribe en la Academia Julien de Jean Paúl Laurens y en los dos primeros meses pinta —indudablemente copias de Chardin— dos telas pequeñas, o para decirlo con su propia expresión: "naturalezas muertas que llaman".

Desde entonces, su breve historia de pintor —que comprende seis escasos años— en París, estará centrada en dos preocupaciones esenciales: el impostergable trabajo de pintar el cuadro que ha de enviar cada año al Salón y la angustia ante el temor de que su familia, su madre y su hermana, estuvieran careciendo, en Caracas, de los más necesarios e ingentes recursos de subsistencia y, por tanto, necesitando de su presencia. Vano es que su madre le escriba consolándolo. La vida de Rojas, tal el testimonio de sus cartas, es una larga y sufrida congoja.

Al fin, en 1885, puede enviar por primera vez un cuadro al Salón de los Campos Elíseos y este mismo año llega a París Arturo Michelena, que era cinco años menor que Rojas, pero que, por entonces, poseía más habilidad que él en el trazo y en el colorido.

En 1887 tanto Michelena como Rojas pierden la beca del Gobierno venezolano y, aunque todavía no ha sido posible establecer la causa que motivó este triste incidente, y, en vista de que se sostienen varias opiniones —una de ellas supone que Rojas y Michelena se negaron a ir a estudiar a Roma y otra tesis mantiene que Michelena, que siempre dio pruebas de una intachable dignidad personal al igual que Rojas, se negó rotundamente a pintar un retrato de Guzmán Blanco, cuando el futuro Presidente de Venezuela visitó París, en 1886—, es muy posible suponer también que un hombre de vida tan frívola y liviana, acostumbrada al gusto exótico por la moda, como era Guzmán Blanco, dejándose tal vez llevar por malos consejos, haya visto con desagrado la pintura de temática social que hacían los jóvenes venezolanos en París. Guzmán Blanco hubiera querido que pintaran escenas de opulenta grandilocuencia y no aquellos ambientes sombríos y tristes, de pobre luz crepuscular y tonos grises y apagados, como eran los que vio en los cuadros: "L'Enfant Malade" y "La Miserie ". Era preferible que se marcharan a

Roma, donde la influencia de Zola ya no pensaba tanto, con sus prolifas descripciones realistas, que hoy nos parecen un tanto ingenuas, como en París.

Después de ganar una Medalla de Honor con "El Niño Enfermo", Michelena, quien a la postre resulta un pintor bastante anecdótico, al contrario de Rojas, abandonara este gusto por los temas mórbidos, que se ajustaban desde luego a su temperamento mas extravertido, en los cuales fué influido, ya para siempre, por Cristóbal Rojas. Ingenio, seguro, reposado y de una maravillosa destreza, que se quedaba no obstante en lo formal, Michelena intuye pronto el camino y avanza hacia un éxito precoz también, y empero fulminante.

Desde 1886 Rojas a estado padeciendo de una dolencia en los oídos. Las privaciones a que debe someterse después de 1887, así como el temario empeño de no pintar si no exclusivamente para el Salón a objeto de ganar la admiración de los miembros del Jurado, terminan por fatigar su débil salud de pintor.

Enfermo ya para 1889, el medico le manda a guardar reposo. Pero durante este año trabaja en una de sus últimas telas: "Dante y Beatriz". Por último, lleno de apremios y ansiedad, y tras haber recibido casi todo el costo del cuadro —12.000 bolívares— por adelantado, termina el cuadro que, a pesar de ser el que más fama ha dado a Rojas, es quizás el de menos valor plástico de toda su producción. (Ver: a este respecto, un artículo del Sr Enrique Bernardo Núñez en "Crónica de Caracas", 1957. Este historiador demuestra cómo la figura central del atormentado en " El Purgatorio" es al parecer copia del conocido "San Gerónimo" de Rivera).

"El Purgatorio" es concluído el mismo año en que el pintor regresa enfermo a Caracas. Pertenece a la iglesia de La Pastora, donde se exhibe.

En noviembre de 1890 muere Cristóbal Rojas en Caracas. Un silencio dramático se hace en torno a su vacío, inmediatamente; y muchos venezolanos tienen conciencia, entonces, de la enorme pérdida que significaba la muerte del torturado pintor, pero al pasar los años ese mismo silencio, admirativo y respetuoso, solemne, en aquel momento, se teje un

espeso olvido, y mientras la gloria espera, la vida continua su ritmo incesante.

La Personalidad de Cristóbal Rojas

José Antonio Hedderich anota el siguiente juicio sobre Cristóbal Rojas, en un interesante artículo publicado en la Revista Nacional de Cultura, en 1939, y al cual constantemente haremos referencia: Hedderich ha publicado fragmentos de la correspondencia familiar de Rojas, en su período de París. "Su carácter huraño —dice aquel investigador—, meditabundo, como sabiendo la distancia que existía entre él y los que le rodeaban, le procuraba pocos amigos". Es la imagen de Rojas adolescente. Del mismo modo ésta, de Hedderich también: "Su temperamento casi fatalista y enfáticamente triste".

El tiempo y la pesadumbre, la excesiva carga de sentimientos (cuántos sentimientos culpables amargan a esta alma!) acentúan más y más esta imagen del hombre incomprendido. El periodista Enrique Rivodó va a visitarle en París, en 1885, en el pequeño **atelier**, que era también su dormitorio. Nos describe así al joven pintor, quien está mortificado por no haber enviado aún su primer cuadro al Salón, y porque cree estar perdiendo el tiempo: "Algo pálido, con pequeño bigote y cabellos negrísimo, que hacen resaltar su conjunto suave y de tintes melancólicos. Sufre del ódo, pero aunque sin esperanza de mejoría, se muestra resignado y sereno". Por esta época Rojas cultiva la amistad de los venezolanos Boggio y Carlos A. Villanueva. Boggio le sirve de confidente y le lleva consigo a fiestas que proporcionan al triste pintor una alegría cuya pureza e ingenuidad no tarda en describir en eufóricos términos a sus familiares. Mas estos momentos de expansión escasean y, por eso mismo, su goce es más intenso tanto más distanciados se produzcan. En fin de cuentas, Rojas está allí para pintar y estudiar. Pero Boggio no ha tenido contacto con el Impresionismo aún (su primer cuadro interesante data de 1893) y es indudable que cuando este maestro venezolano, recientemente homenajeado con una retrospectiva de sus pinturas, viene a Caracas, en 1919, ya no se acuerda del genial compañero.

Carlos A. Villanueva, que hacía vida de cronista y de estudiante en París, no olvidará el recuerdo de su amigo Rojas, por quien siente una gran admiración y a quien cita cuando escribe de los últimos triunfos de Michelena en su libro

"París". Hay aquí juicios comprensivos y Villanueva nos habla de un Rojas piadoso, melancólico, a quién solía encontrar por las tardes en los parques arbolados, oyendo la música de las bandas oficiales mientras miraba los reflejos del Sena y suspiraba a la vez por su tierra y su recuerdo. Las cartas de Rojas son un testimonio elocuente del drama que vive.

Jesús Semprún, en un largo artículo titulado "La Pintura en Venezuela", trae observaciones sobre Cristóbal Rojas que no debemos pasar por alto para el conocimiento de la personalidad de este artista: "Mientras Michelena hubiera podido nacer, por su obra, en España, Francia o Inglaterra, Rojas fue profundamente venezolano, por los caracteres de amargura y violencia que predominan en su pintura y que le dan peculiar fisonomía". Y más adelante, con profundidad dice: "Tan peligroso hubiera sido pedir retratos a Rojas como biografías a J. V. González".

Enrique Planchart escribe en su libro "La Pintura en Venezuela": "Rojas era un pintor de mujeres, un casto pintor de mujeres; en cada uno de sus cuadros es una mujer la figura principal y, sin embargo, la única desnudez de todas ellas la muestra en "La Miseria" el pecho insensible de una muerta". Ahora, en su mente se funden en uno aquella inmutable blancura y el casto embeleso de la figura femenina".

Es paradójico observar cómo una naturaleza ascética y dolorosa como era Rojas no hubiera intentado un solo cuadro de índole religiosa (apartando "El Purgatorio", que no es religioso más que en el motivo que representa), mientras que Michelena, carácter totalmente opuesto, exterior, sensual, superficial, nos legó grandes óleos de escenas de la Biblia; de poca significación pictórica y, por la misma razón, religiosa o humana — aunque sí formal y técnica.

Pone de manifiesto la obra pictórica de Rojas el candor de su alma y una propensión ascética por los temas del pecado. Sus telas, por grandes y enfáticas que hoy nos parezcan, con sus desconsoladas anécdotas, no son tanto la expresión de una indiosincracia dominante — y por demás afectada — en la época, como una revelación de su propio temperamento nostálgico, de su profunda vocación de artista singular.

¿Ha pensado Rojas en el suicidio, en sus peores años en París? Es posible.

"Ahora, hablando del cuadro, no sé si me engaño, pero me parece superior al que hice allá, por lo menos es lo mismo, y éste no es más que una figura, un viejo mendigo en la ruina más grande, sentado en una actitud triste y pensativa, teniendo un pedazo de pan al lado, como si lo hubiera apartado para pensar en su desgracia". Este párrafo es de una carta de 1885 y la referencia es al primer cuadro que pinta en París, para enviar al Salón.

Y un año después se lamenta: "En estos últimos días, con motivo del cuadro he gastado tanto que la cuenta del hotel llega a 90 y pico de francos, siendo así que el cuarto no me cuesta sino 50, es decir, que el resto ha sido todo en carbón; ha habido días de gastar 32 centavos de carbón, así es que el cuadro me cuesta lo que tengo y todo inútilmente, pues ha quedado tan malo que no tengo la menor esperanza de ser vendido, y todo lo contrario. Estoy verdaderamente preocupado con esto y sintiendo haberlo mandado a la Exposición, pues cuando sepan mi derrota, se burlarán de mí. Yo he visto en el Salón de la Exposición 9.000 cuadros, y he pensado que de esos 9.000 sólo deben ser aceptados 2.500, que es la regla de la Exposición y por consiguiente que han de ser rechazados 6.500; no me queda ninguna duda de que seré rechazado, pues es imposible que mi cuadro sea jamás mejor que 6.500 de pintores europeos." Triste testimonio,, más revelador que todo lo que podamos decir sobre Cristóbal Rojas.

Las Obras más representativas de Cristóbal Rojas.

Problemas históricos respecto a sus pinturas.